

Santa Columba, mártir, en la parroquia de San Luis de Herrera

ERA a primeros del mes de abril de 1928. Recibí una tarjeta de visita en mi residencia de Roma, avisándome que quería verme antes de volverse a España y que hiciera el favor de pasar por el hotel donde se hospedaban lo antes posible. Era la carta de dona Teresa Barcaiztegui, viuda de Zappino. Quedé gratamente sorprendido, al mismo tiempo que me parecía extraño, no haberme dado cuenta de su estancia en Roma y no haber oido aquella su penetrante y autoritaria voz, que por aquel entonces llenaba todo San Sebastián, en pro de sus múltiples caritativas obras sociales. ¡Pobre Teresa, era tan buena y tan dinámica, que le faltaban horas al día para sus empresas! lo divino!

Me apresuré a verla. La hallé acompañada de sus dos hijas menores: Marichu, a quien había traído, para que fuera examinada sobre el milagro que había obrado Pío X, en ella, y que, confirmado como tal, ha pasado a ser el primero para su canonización, como lo pueden leer en las vidas del Pontífice de la Eucaristía, y Pilar, hoy religiosa de la Asunción en Miya-Cruz; y a quien desde entonces guardo mi mayor cariño y simpatía, juntamente con una altísima idea de su virtud e inteligencia.

Estaban decididas a marcharse, llevaban cinco días, y me dijeron habían visto toda Roma y que salían para Nápoles al día siguiente. No pude menos de reír. Ver Roma en cinco días, era como aprender alemán en diez... Empecé a preguntarles y nada habían visto; aquella misma tarde, les acompañé y me constituyó cicerone, y empezando mi oficio por enseñarles el macabro cementerio de los Capuchinos, que estaba a un paso del hotel, sólo hice tan admirablemente y desempeñé, tan a la perfección, que se quedaron veintiún días más, saliendo mañana y tarde en visita a los monumentos, de la con razón llamada Ciudad Eterna.

De aquellas giras a las Catacumbas, de la visita a tantas habitaciones y sepulcros de santos, de tantas iglesias cuajadas de reliquias notabilísimas, y sobre todo, de la imaginación y vehemente deseo de Teresa Zappino, acentuado con la visita de tales tesoros, tuvo origen el venir santa Columba a España.

Al despedirme en la estación el día 8 de mayo, en que salían camino de San Sebastián, quedaba con el encargo de conseguirle varias indulgencias plenarias, en diferentes días de la devoción, para los que visitaran la iglesia de San Luis de Herrera, que entonces precisamente estaba agrandando, con miras a erigirla en parroquia, en bien de aquel barrio distanciado de Alza. Se consiguieron y las renunció, pero en mi cabeza bullía el conseguir una reliquia insigne por lo menos, para atraer y fomentar la devoción del pueblo hacia la nueva iglesia, y no estaba ajena mi imaginación a intentar el lle-

varme un cuerpo entero y verdadero, de algún mártir de los muchos que abundaban en las iglesias de Roma, para darlo mayor culto a nuestra tierra, a pesar de cuantas prohibiciones había.

Bien relacionado entonces yo en Roma, y con personas influyentes en asuntos eclesiásticos y, sobre todo, unido por una grandísima amistad con el maestro de Sacro Palacio, me eche por todas las iglesias y conventos de la ciudad para hallar por lo menos y ante todo un mártir olvidado o de poco culto, forzoso donde había tantos esclarecidos, empezando por San Pedro y San Pablo, San Sebastián, Santa Inés, Santa Cecilia, y contando seguro que de hallarla conseguiría a fuerza de trabajo e influencia.

Así fue, en efecto. Pronto di con lo que necesitaba. En el consejo de Santo Domingo y Sixto de misiones Dominicas, el primero fundó Santo Domingo de Guzmán, y gracias a la liberalidad de Pío V, que había entregado a las religiosas durante su pontificado una cantidad de reliquias de Santos para que con la distribución de en mínimas porciones pudieran vivir de las limosnas, encontré dentro de clausura un cuerpo de una Santa mártir entero, sin mascarilla ninguna clase, y sus huesos recogidos formando el esqueleto, por malla de oro; allí tenía junto a ella su ampolla con la sangre de martirio y su nombre. Era Santa Columba, mártir.

La Providencia me había facilitado todos los trámites. El general de la Orden era entonces nuestro padre Buenaventura Pérez, quien yo conocí muchísimo tiempo antes en España, y le visitaba con frecuencia y era quien debía dar el primer permiso, como religiosas sometidas a él; me lo concedió inmediatamente. La dificultad mayor estaba en una prohibición de la Curia Eclesiástica de que se cara ningún cuerpo más de Roma; me iban fallando todas las trámites en el Vicariato, a pesar de las muchas de ellas patrocinadas por el mismo cardenal Merry del Val, quien también se había puesto a mi disposición para este asunto, hasta que, defendiéndome de mas, me fui derecho al trono. El padre maestro de Sacro Palacio, reverendísimo padre Marcos Sales, con quien me unió la más trucha amistad, vivía en el mismo Vaticano y me sugirió la idea de ir una noche a cenar con él y después introducirme ante Su Santidad Pío XI y manifestarle nuestro deseo. El día 12 de mayo, firmaba el Papa y autorizaba un escrito que le presentaba yo, recomendado por las personas antas citadas, en que solicitaba el traslado de Santa Columba a la iglesia de San Luis de Herrera, al mismo tiempo que me decía de palabra: "pero hágase el traslado con solemnidad debida"; no sé si pensó que la iglesia de Herrera estaba a la vuelta de la esquina del Vaticano.

Con aquella firma, todas las dificultades se me allanaron; el Vicariato puso tres monseñores y un notario a mi disposición, se vantó acta de entrega del cuerpo, con su correspondiente reconocimiento y autenticidad del mismo, y como el camino era largo a correr, con las mayores recomendaciones y cautelas, se lo entregó a la Agencia Cook para que, bien embalado, me lo pusieran en frontera de Hendaya.

El día 27 de mayo, después de llenar una incongruente forma dad de sanidad, para el paso de un cadáver, en que hubo que llenar el impresio: "Dona... Santa Columba... fallecida de enfermedad, martirio", y datos por el estilo, pasó la frontera y colocada en Chrysler abierto de la señora viuda de Romero, seguido de las autoridades civiles y eclesiásticas, se trasladó a la parroquia de Irún donde, esperaba el ilustrísimo señor don José Egúino, preconizado obispo de Santander, revestido, con el Clero parroquial, se cantó Te Deum, y adorada la reliquia por el pueblo, continuó la procesión de automóviles tras el que iba la santa acompañada por el señor anticristo, don Agustín Embil, y yo.

A la llegada a la iglesia de San Luis de Herrera, esperaba vestido, con el Clero, el ilustrísimo señor don Manuel González obispo de Málaga, quien, después de recibir las reliquias y colocarlas en el altar mayor a la veneración pública e incensadas solemnemente, subió al pulpitó, dirigiendo la palabra a la multitud en alabanza a la gloriosa mártir de Cristo.

Días más tarde, el nuevo obispo de la diócesis, don Mateo Míguez, hizo el reconocimiento de las reliquias, sacó de nuevo la urna y la colocó en el altar de la primitiva capilla, que se había arreglado para el caso, donde quedaron expuestas al culto público desde aquella fecha.

Careciendo de historia conocida Santa Columba, sin noticias precisas de su martirio, al pensarse en hacer una imagen para poner en el altar que guarda sus reliquias, no pudiendo niar un símbolo que la distinguiera de otras santas mártires, como a Santa Cecilia, el Arpa a San Sebastián, las flores a Santa Catalina, la rueda de cuchillos, etc., pues no sabíamos como había sido martirizada, si con alfileres o con rueda, si con flechas o con garfios, elevándose algo sobre la materialidad del instrumento, le mandé poner en sus manos la palma del martirio, y en la otra, una lámpara del tiempo de las Catacumbas, que significaría el haber sido del número de las Virgenes prudentes que, con la lámpara encendida y provista de aceite de su frasco entre las puertas del martirio a las bodas de Caná con Cristo.

(20 Mayo 1944)

EL DIARIO VASCO

AFORO DE SANTA MARÍA